

*A veces la justicia se representaba con una venda en los ojos; a veces, a vista descubierta. Pero siempre, siempre con los platillos de la balanza equilibrados, y el fiel en su punto...*

Las de Iquino se reconvirtieron.

-No frivolices, si te es posible.

-No frivolizo. El cine es un buen indicador. Recuerda cuántas películas hemos comentado en cine-clubs diciendo «Loseyonti o Dinosauria reflejan aquí, amadísimos hermanos, la irreversible crisis de la burguesía... Unos valores caducos caducan en su caída». Me da un escalofrío de vergüenza recordarlo. ¡Cuántos certificados de defunción a catalepticos! Zorri-lla nos lo había advertido ya en su «Don Juan Tenorio»: «Los muertos que vos matáis/gozan de buena salud».

-No niegues la evidencia. Las instituciones están en crisis.

-¿La droga en los colegios? Tranquilízate, acaban retratándose para la orla: promoción doble cero, promoción cero uno, cero dos y así. ¿Crisis del matrimonio? Se casan todos, por lo canónico, por lo civil y por lo penal, como si no hubiera anticonceptivos. Hasta los ecologistas se casan y además por lo electrodoméstico «La hidroeléctrica bendiga cada rincón de esta casa» ¿Crisis de la pareja? Si se hace carril de bicicletas verás tú como habrá quien exija que quepan dos bicis -una de chico y una de chica- al mismo tiempo.


-¿Nada cambia, entonces?

-Sí. Lo que no sé es qué puñetas cambia. Para qué te voy a engañar.

## 2.-Donde una disertación sobre el Estado pierde pie y se hunde

-Considera el Estado. Ahí lo tienes, más odiosamente robusto que nunca. Mirale presto a realizar el sueño de un jacobino enloquecido: nada se interponga entre el ciudadano y el Estado, pues nada manifiesta tanta armonía como la que une el carnet de identidad con la máquina que lo fabrica. Nerón podría hoy decir: «Me gustaría que los romanos tuvieran un único carnet de identidad para retirárselo». Descartes podría decir: «Estoy inscrito en el censo, luego existo». Sócrates matizaría: «Investigá a ti mismo mediante las oportunas diligencias».

-Sí, pero ya no diremos más «esto se resuelve nacionalizando». Ya no tenemos aquella odiosa suficiencia burocrática - mesiánica de la izquierda de los años sesenta. No creemos ya en



# LA CRISIS DE LAS INSTITUCIONES Y LA INSTITUCIONALIZACION DE LA CRISIS DE LAS INSTITUCIONES

(DIALOGOS, EXTRAVIOS Y RECUPERACIONES DEL HILO CONDUCTOR HABIDOS ENTRE DOS PERSONAS DE PARECIDO SEXO A QUIENES LLAMAREMOS ANDROGINES Y GINANDRINES).

## JOSEP-VICENT MARQUES

### 1.-Donde asoma una negación de la crisis de las instituciones

**E**l Estado, la familia, la pareja, la Iglesia, el partido... toda institución parece estar en crisis.

-¡Oh, cielos! No empeemos. Eso lo decían ya Donoso Cortés y el que daba los seminarios de mi partido. Hace muchísimos años.

-Ciertamente. Pocas coincidencias tan curiosas como ésta del pesimismo del reaccionario y el catastrofismo optimista del revolucionario. Por ello

mismo deberíamos considerar seriamente el asunto. Si te place.

-Vale. Yo tuve una concepción optimista de la historia. La contaba y me la contaba siempre en términos de materialismo histórico; sin embargo, partía quizás tan sólo de una evidencia engañosa en su misma apodicticidad: Franco, más pronto o más tarde, por obra del tiempo o de las masas, se tenía que morir. A partir de ahí podía postularse la muerte de la familia, el sindicato vertical, el Real Madrid, las quinielas, las horas extras, las películas de Lazaga y la fracción monopolista de la burguesía. En realidad, estrictamente hablando, sólo han desaparecido las películas de Lazaga.



## LAS INSTITUCIONES

el Estado y eso es bueno. En cualquier caso es crisis del Estado.

-La Renfe ha desacreditado la gestión pública.

-La Renfe, la Seguridad Social y la Tabacalera... Y la Campsa. Casi todos los taxistas creen que la crisis del petróleo la ha inventado la Campsa para forrarse.

-Quizás sea todo lo contrario. Estas subinstituciones a corto plazo desacreditan la gestión pública. A plazo medio vienen manteniendo el mito del Buen Estado, alimentan las ilusiones. «No-vas -a juzgar-tú al Estado socialista por esa caricatura burguesa que es la gestión pública».

-Lenin acabó de confirmar el mito: Otro Estado, el Estado proletario cerrando el horizonte.

-Un respeto. Lenin, al menos no pensó que un Estado burgués pudiese ser conquistado desde dentro, o que hacer eso fuera realmente cambiar las cosas.

-O sea que tú aún crees en algún tipo de Estado.

-Dicho así me obligas a tocar el arpa si te digo que sí y como hacer una simplificación si te digo que no.

-No creo que sea mía la culpa totalmente.

-No. Hemos saltado demasiado de un aspecto a otro de la cuestión. Suele pasar.

Se toman un helado y hablan de jardinería.

### 3.-Donde Andrógines y Ginandrines tocan la espinosa cuestión de los nacionalismos

-Lo único que quedaba claro el otro día es que nuestra fe, la fe de la izquierda, en el Estado se ha debilitado mucho. Casi nadie es abiertamente estatista.

-Excepto yo cuando hablo con un anarquista. Me irrita su «ya lo habíamos dicho nosotros» casi tanto como me irritaba el viejo curalotodo de la centralización socialista.

-Esto me recuerda a una anciana que todos, todos, los días del año cuando se levantaba profetizaba lluvia y cuando por fin llovía (era en Denia

y en Denia llueve poco) afirmaba triunfal: «Si ya lo venía yo diciendo.»

-Algo así. El Estado socialista ha fracasado como instrumento de liberación pero eso no permite afirmar la necesidad de quitar el Estado del horizonte. Al menos pudo ser de otra manera. Que ahora quizás no pueda serlo ya no me anima a considerar el Estado como el mal, ahistóricamente.

-De todas formas no se trata de lo que pensemos tú y yo, sino de si realmente la gente ha perdido la fe en el Estado. Los nacionalismos, por ejemplo, ¿son un signo de crisis del Estado o más bien son su apoteosis? Algo así como «Ponga un Estado en su vida». O «Dos Estados mejor que uno»...

-Te inclinas a pensar lo segundo ¿eh?, centralista de mierda.

-¡Cuidado! No empecemos.

-Será suspicacia mía, pero es que los del centro tendéis a pensar que sólo las aspiraciones de los periféricos son ilusiones estadistas y que son sólo ilusiones estadistas.

-Probemos a hablar sin prejuicios. Supón que te acepto que existe esa tendencia. ¿Podemos discutir la cuestión de alguna forma?

-Sí. Vamos a ver. Un Estado es siempre un Estado. O sea que la aspiración a la independencia supone una fe en el Estado, aunque sea otro Estado. ¿Hasta aquí de acuerdo?

-Sí. Y yo te acepto que quizás el nacionalismo se expresa como aspiración a constituir un Estado propio porque no tiene otra forma de expresarse.

-Casi demasiado. Supongo que a algunos nacionalistas si nos dieran a elegir entre tener Estado propio y no tener ninguno preferiríamos no tener ninguno. Otros sueñan probablemente con que les pegue una gendarmería propia o con que las instancias lleven pólizas con el escudo de la nación.

-El problema es, entonces, si un Estado más lejano y englobante es más institución que otro más cercano. Si es así los nacionalismos supondrían en cierto aspecto un signo de crisis del Estado y no sólo de un Estado concreto.

-¿Tú qué opinas?

-No sé. Puesto a superar prejuicios a lo mejor los cojo ahora a favor. Quizás un Estado más cercano es un Estado más profano, menos embellecido por la distancia. Debe ser menos alienante.

-O no. Me temo que conocer a la cuñada del primer ministro puede ser tanto una aspiración de codearse con el poder como de que el poder se codee contigo.

-En cualquier caso tratar de que



*La cultura era algo que producían los pueblos para sí mismos; era un pensamiento, una adopción de posturas ante la vida. Los estados de nuestro tiempo no podían dejar en libertad esa energía autónoma; la convirtieron en institución -y hasta el Ministerio- y la cultura huyó...*





Cuando las jovencitas —y los jovencitos— lo esperaban todo de su boda, y de lo que vendría después. La imagen —el traje, las flores— sigue quedando.

cada nación tenga su Estado es la culminación de la institución estatal. Su consagración como fórmula coherente.

—Sí, pero sólo en el terreno lógico y hasta, yo diría metafísico. Porque lo cierto es que el Estado nunca ha sido así. Cuando las fronteras han sido coherentes con hechos sociales de base ha sido por casualidad. Ser expresión de una nación ha sido siempre la apariencia del Estado, no su esencia.

#### 4.—Acerca del significado de que ya no haya herejes como los de antaño

—¿Y la Iglesia?; ¿está en crisis la Iglesia?

—Hay muchos que se salen.

—Bueno, esto es como lo de la botella mediada, que el optimista decía que estaba medio llena y el pesimista medio vacía. A mí me impresiona más que se queden en la iglesia curas que dicen cosas tan raras.

—¿Raras?

—Sí. Que Cristo era libertario o que lo de Caín y Abel fue una lucha entre pueblos agricultores y pueblos pastores.

Eso es una tontería. ¿Dónde estarían entonces los cazadores-recolectores que es lo que a Caín y a Abel les tocaba ser? A lo mejor es que eran ateos, y por eso no salen en la Biblia.

—Da igual, pero que los que dicen eso sigan dentro de la Iglesia, ¿significa que está en crisis, ya que se producen tales desviaciones de la doctrina tradicional, o que está más fuerte que nunca? Quienes en otro tiempo serían herejes siguen dentro de ella.

—El problema no es que no los echen sino que no se vayan. En otro tiempo hubieran montado su Iglesia cismática. Creían más en las instituciones.

—En las nuevas. En la suya, no en la Iglesia. Quizá nadie cree tanto en la Iglesia como un cura rojo, con novia y panteista.

—Unos cobarditas es lo que son.

—Sí. Pero eso quiere decir que la

Iglesia sigue teniendo fuerza. Si no los cobarditas no se quedarían dentro.

—A lo mejor es por el cocido.

—Tu hipótesis es grosera personal y metodológicamente. El cocido moral, la seguridad emocional, ahí está la clave.

—Sí y el drama. Porque cuando se salen de curas buscan el cocido moral en otra parte. Pocos de ellos se hacen librepensadores, ecologistas o izquierdistas con el culo al aire. La mayoría se hacen beatoleninistas, acradotéricos, psicólogos escolares o viajantes de comercio.

—Considera, sin embargo, los creadores de sectas. Ahí hay una cierta vocación de crear instituciones.

—Siempre me ha llamado la atención que los nuevos místicos instituyenteorientales tratasen de orientar las mentes occidentales más bien que orientales. El Hare Krishna debe tener muy poco éxito en Camboya, sin ir más lejos. ¿De qué te ríes, imbécil?

—Nada. Imaginaba una cuestación en Saigón con Huchas en forma de cabeza de ejecutivo holandés, jornalero andaluz, o rizando el rizo, cowboy de asfalto hawaiano. Es una boba, ya lo sé.

Recuerdan tiempos de colegio, misas obligatorias y todo aquello.

#### 5.—Donde intentan hablar de la familia

—¿Y la familia?

—Bien, gracias. ¿Y la tuya?

—Bien, gracias, ¿y la tuya?

—Ya me lo has preguntado.

—Ah, sí. No sé en qué estaba pensando.

Pasean.

—Antes, cuando te preguntaba lo de la familia me refería a la crisis. En la familia sí que hay crisis.

—¿En la tuya o en la mía?

—En general.

—Pues no lo sé, francamente. En la mía sí. ¿Y en la tuya?

—También, gracias.

Aquí se pierden nuevamente.

#### 6.—Donde empiezan por fin a hablar de la familia

—Nunca existió la familia que pintan los conservadores. Nunca existió esa comunidad de afecto en la que todos se comprendían y comprendían además automáticamente que el cabeza de familia tenía siempre razón.



## LAS INSTITUCIONES

-Pero era más sólida y proporcionaba una sensación de seguridad a los miembros.

-De acuerdo, pero esa solidez se daba en un terreno distinto al del afecto y la comprensión. La familia fue sólida en tanto que institución económica, no en tanto que institución de convivencia. Tomemos el matrimonio. El matrimonio para los ricos era el ajuste entre dos patrimonios y para los pobres la simbiosis entre dos pobreza. Nada tan sólido como eso.

-Pero también había gente que se amaba. Cierta que a menudo eso «venía después», pero en ocasiones la gente se casaba enamorada, sobre todo los pobres, que, como hay más, tenían donde elegir.

-Sí. Pero la institución no está ahí. Es ahora, quiero decir desde hace cuarenta o cincuenta años, cuando se ha pretendido institucionalizar el amor. La gente se ha enamorado siempre y se ha casado siempre, pero sólo ahora, en la actual fase del matrimonio burgués, se ha empeñado en casarse por amor y en que el enamoramiento dure indefinidamente. Y eso es lo que ha entrado en crisis.

-Entonces el problema es: ¿hay crisis de la institución matrimonial o más bien una megalomanía institucionalizadora que lleva a querer someter a pautas, a normas públicas hasta los asuntos más alejados de lo previsible, a establecer patrones de lo que hasta el momento había sido, aunque condicionado, más íntimo o individual?

La conversación se interrumpe cuando aparecen los hijos de Andrógina a pedir dinero para comprar helados. La aguda pregunta queda en el aire.

-¿Cómo no iba a estarlo? Considera la evolución de la figura del padre. Antes era proveedor pero también líder. El niño le veía hacer en el campo o en el taller cosas maravillosas que deseaba aprender. Un padre trampero en Arkansas o tonelero en Nuremberg podía aspirar a la adhesión de su hijo y no sólo a su obediencia. Dudo mucho que un jefe de negociado de banco o un obrero de cadena de montaje puedan mantener razonablemente esa aspiración.

-Muy cierto. Obtener obediencia por miedo o por un inevitable carisma profesional no tiene demasiado mérito. Y pretender obtenerla sin amenazar ni hacerse admirar es el colmo de la insensatez.

-Llegamos a un asunto muy parecido al de antes. No es que la institución esté en crisis, sino que ahora se piden peras al olmo. Se pretende que la familia, una institución de base económica, sea una comunidad de afecto. Y encima sin que desaparezca

la desigualdad económica de sus miembros. Se pretende el seguro vitalicio de enamoramiento y que los hijos obedezcan sin que parezca que están obligados a obedecer.

-La brillantez del párrafo hace a Andrógina temer la reaparición de sus hijos.

-De todas formas habrás de reconocer que los niños actuales son una pena. Conozco infinidad de niños gilipollas de padres progres. Nada parecido a Guillermo Brown. A lo mejor para amar la libertad es preciso haber tenido unos padres algo bestias.

-No está claro. Yo no sé si lo que hace a los hijos de los progres algo carcas, consumistas o bobos es haber tenido padres liberales, padres chapuceros o simplemente pobres. Las variables se solapan, que diría un metodólogo.

-Quizás sea que somos unos chapuceros.

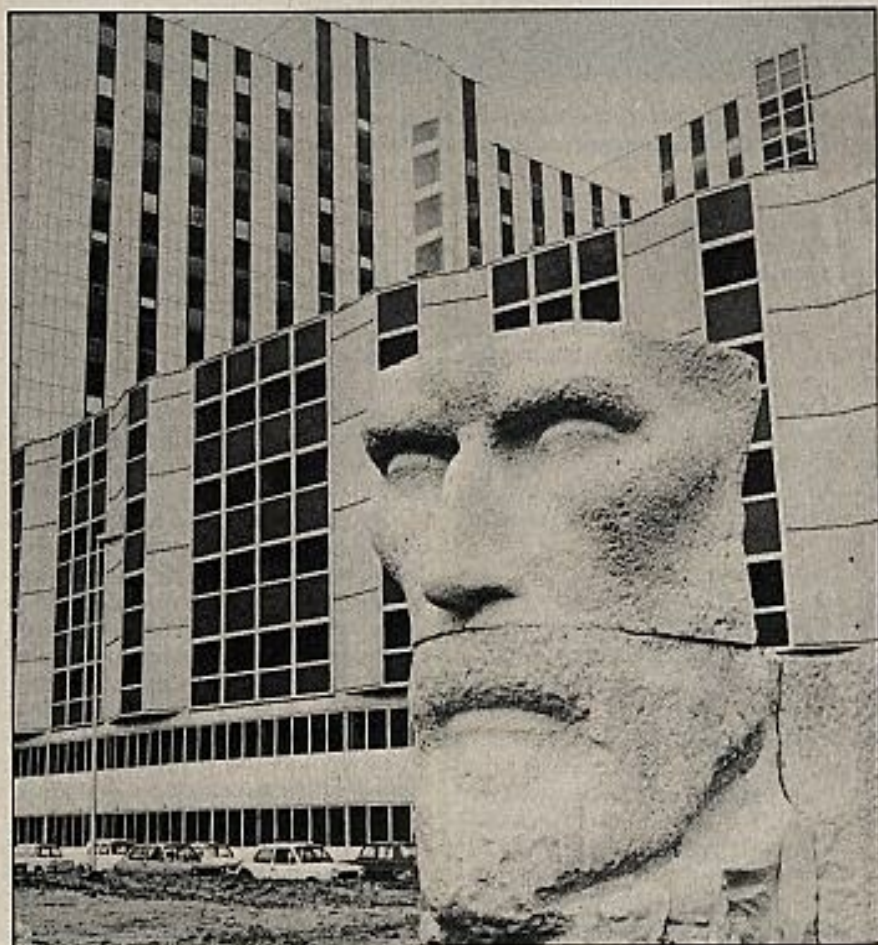
-O quizás, que seguimos siendo padres. Quiero decir, que, aun cuando subjetivamente sea muy claro y honrado lo que quieren hacer los padres, eso no lo pueden hacer los padres. Esto es la propia posición relativa de

padres e hijos conduce al oportunismo pedigrúico de los hijos y al oportunismo de los padres, que aunque no exijan nada, siguen esperándolo todo.

-Encima, ahora se pretende ser perfecto. Los padres de antes no tenían problemas. Crecían ser perfectos por el hecho de ser padres. A los de ahora se les propone que intenten serlo convirtiéndose en pedagogos, bromatólogos, psicoterapeutas y, eventualmente, animadores de crucero. En el mejor de los casos resulta absurdo conseguir tener la seguridad para emplearlas solamente en un par de niños.

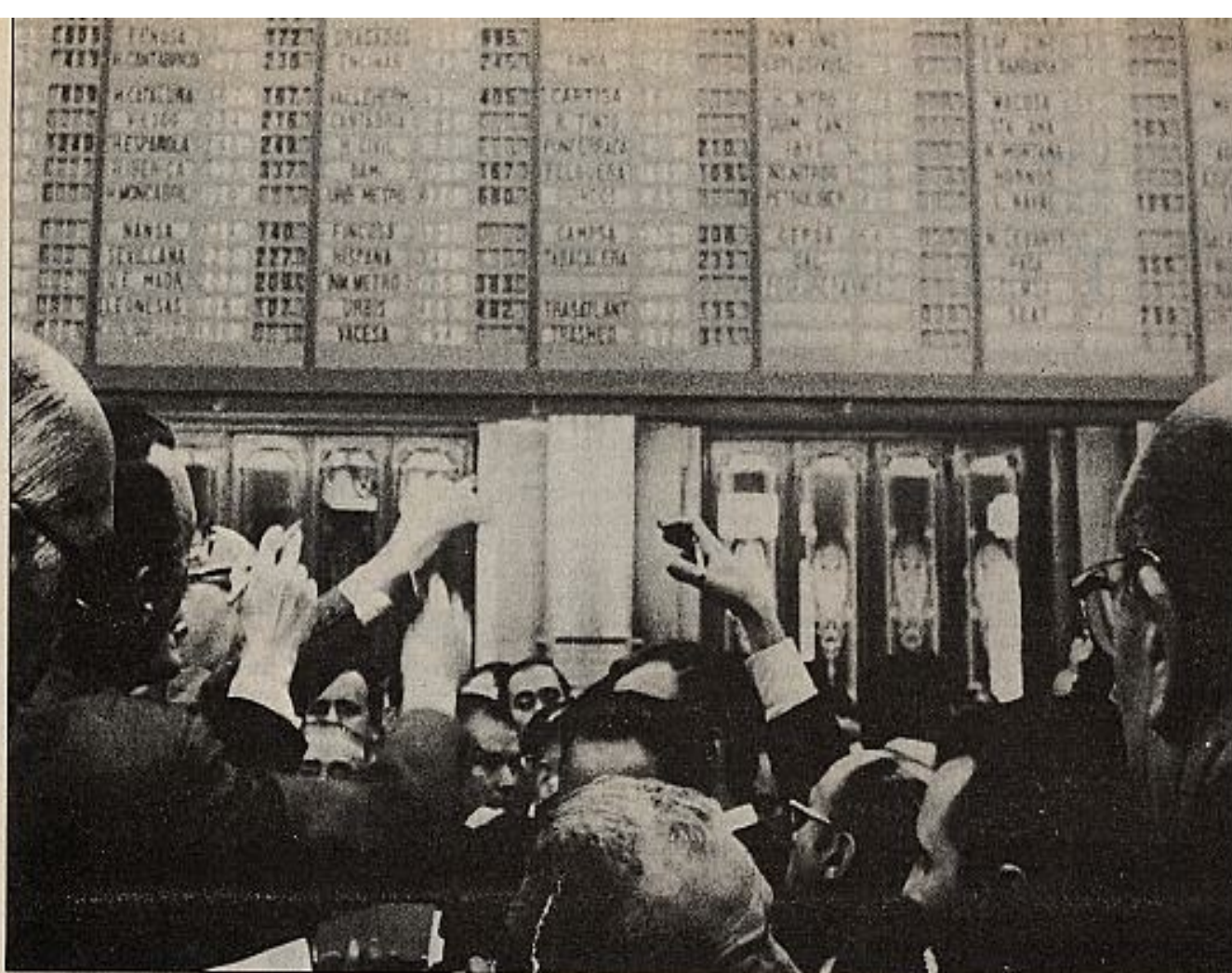
-La necesidad social de la paternidad vendría en ese caso justificada sólo y pobremente por el hecho de que ser huérfano continúa siendo peor. Las fuerzas progresivas harían bien en concentrar sus esfuerzos en plantear una alternativa global para los huérfanos, en vez de empeñarse inútilmente en cambiar piso por piso su propia relación paternal.

Ginandrines tiene que llevar a los niños al circo así que interrumpen el diálogo.



La ciencia, la Medicina: muchos pacientes buscan ahora la heterodoxia de las agujas chinas, de los herbolarios, de la imposición de manos del curandero.





¿Cuántas personas han visto sus vidas hundidas por creer en la institución del dinero, en el templo de la Bolsa!

## 7.-Donde se sospecha de los convecinos como posibles maniáticos de la institución

-Repara en cuanto horror tienen nuestras paisanas y nuestros paisanos a toda relación no protegida y coartada por alguna institución. Se casan quienes llevan muchos años viviendo juntos y han logrado amaestrar a padres, y empleados de líneas urbanas y proveedores del barrio. En los grupos informales o informalistas se aprestan a detectar supuestos o reales líderes a efectos de encontrar cobijo o diana. Preguntan febrilmente en los coloquios incluso de qué color estará pintado el rótulo de las comunas en la sociedad futura.

-Las comunas mismas se piensan como nueva institución. Y mientras tanto los guardianes asilvestrados del sistema inventan con cierto éxito nuevas instituciones. ¿Osarías decir que no es ya una institución el club de ligue, la página de contactos o el intercambio de parejas?

-No osaría, no. ¿Osarías tú, en consecuencia, afirmar algún tipo de atroz pesimismo sobre la naturaleza humana, alguna suerte de postulado so-

bre una congénita gilipollez humana?

-Se podría hablar de miedo a la libertad, que siempre queda más elegante.

-Sin embargo nada más frustrado para el común de los mortales que sus ansias de seguridad. Todas las reinas Isabel se convierten en gusanos, como el amor de San Francisco de Borjas. Todos los novios se van con otras, si no es que han estado siempre con los otros. Todas las prótesis son de plástico y muy poco resistentes. Todas las patrias prefieren a otro. No sé quien le habrá hecho tanta propaganda a la seguridad, cuando los resultados de su búsqueda, desapasionadamente considerados, son menos brillantes que los de la búsqueda de la libertad...

-Cuando alguien dijo que el hombre era el único animal que tropezaba dos veces con la misma piedra se olvidó de decir que a lo mejor eso le gustaba, que prefería decir gozosamente: «Mira, la misma piedra que el otro día.»

Estábamos, sin embargo, hablando de las instituciones. ¿Están en crisis? Parece que están en crisis y ciertamente lo están en la medida en que dependen de nuestra fe en ellas. No lo están en la medida en que existe un automatismo del poder, mezclado con cansancio nuestro, pereza por

inventar nuevas instituciones «distintas».

-Es esa pereza lo que me preocupa. Quizás sea más cómodo criticar las instituciones que tratar de iniciar otros períodos instituyentes.

-Si ahora digo que decir que las instituciones son un asco es otra institución te va a parecer que hemos caído en la institución del juego de palabras conservador. En realidad lo que ocurre es que no nos atrevemos a aceptar tres cosas a la vez. Expresadas en forma de comunicado serían: primera, cualquier institución renovadora se sabe efímera y sin esperanzas de eternidad, eso es por fin una razón para intentar instituciones, aunque hoy lo estamos viviendo como una razón para no intentarlo. Segunda: no hay que buscarle alternativas institucionales a lo ya institucionalizado que ha entrado en crisis, al menos en el terreno personal. Tercera: no sabemos cuanta libertad y cuanta seguridad necesitamos, pero lo estamos calibrando mal y a favor de lo segundo. Lo que decíamos antes: La búsqueda de la libertad no produce mayor cantidad de tortazos que la búsqueda de la seguridad. Al menos los tortazos son de menos intensidad.

-¡Hala pues! Medítese.

No es el fin de los diálogos sino sólo del artículo. ■ J.V.M.